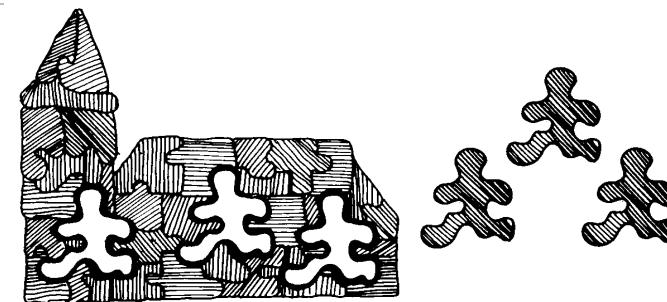


Finalmente, brota la urgencia de abrir las parroquias a los espacios donde se juegan realmente las opciones de vida. Cultivar en todos el deseo y la capacidad de afrontar el espacio abierto de la sociedad con el testimonio sencillo y claro. La tarea de la parroquia en este sentido será formar a los cristianos en una fe que sea conscientemente misionera, en las diferentes situaciones de vida y no únicamente dentro del ámbito parroquial o eclesial. En las circunstancias actuales la fe no puede sustraerse al diálogo con las personas y los ambientes que están condicionados por una mentalidad y una cultura extraña, a veces, al Evangelio.

Se trata de ofrecer gratuitamente, sin más, lo que gratuitamente hemos recibido.



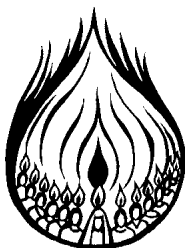
LA PARROQUIA, PRESENCIA DE DIOS EN LA VIDA COTIDIANA DE LOS HOMBRES



Antonio Sánchez Orantos, cmf.

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN	3
II. PROCLAMAR LA FE EN UN LUGAR Y EN UN TIEMPO CONCRETO	5
1. El rostro de la Iglesia en un lugar concreto.	6
2. El rostro de una Iglesia que acoge y acompaña.	7
3. El rostro de una Iglesia sencilla y humilde.	8
4. El rostro de una Iglesia popular.	9
III. AL SERVICIO DE LA FE	11
1. La tarea fundamental: enseñar a Jesús para que todos puedan ver.	11
2. Las nuevas responsabilidades de la parroquia misionera.	14
IV. ENGENDRAR CRISTIANOS	17
1. La Eucaristía, clave del proceso del crecimiento en la fe.	17
2. El camino de la iniciación cristiana.	19
3. Convertir la parroquia en casa y escuela de comunión.	21
V. CONCLUSIÓN	23



IV

CONCLUSIÓN

De cuanto hemos dicho emerge claramente una triple invitación que intenta recoger las conclusiones de las diferentes reflexiones realizadas sobre la pastoral parroquial.

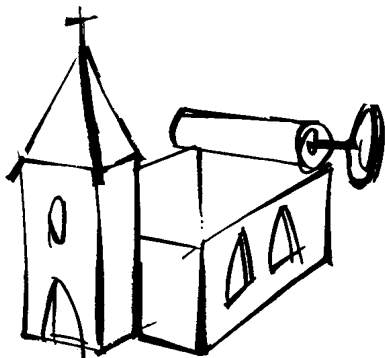
En primer lugar, se trata de cualificar las posibilidades que ofrece la pastoral ordinaria, en todos sus ámbitos, para valorar, con planteamientos renovados, las magníficas oportunidades de que disponemos todavía hoy. Esto significa discernir y desarrollar las múltiples potencialidades misioneras ya presentes, aunque a veces en forma latente, en nuestra pastoral ordinaria, en el desarrollo de la cual podemos acercarnos a muchas personas con ánimo acogedor y con arrojo misionero. Es injustificado y contraproducente, de momento, concebir el «giro misionero» como una alternativa a la pastoral ordinaria y subestimar esta última como si por su naturaleza fuese sólo gestión burocrática de lo existente. Lo urgente es cualificar el trabajo cotidiano al que nos dedicamos.

En segundo lugar, parece urgente, también, una atención particular a la familia y, más en general, a la pastoral de adultos. Sólo de esta manera se podrá responder adecuadamente a los retos que la cultura actual plantea a los procesos de iniciación cristiana. Esto requerirá iniciativas capaces de llegar a las familias en sus casas y de hacer presente el testimonio cristiano en la vida cotidiana de la gente. Pero no menos importante será remodelar cuanto sea posible los ritmos de vida de las parroquias, de manera que las hagan realmente accesibles a los adultos que trabajan y a los ritmos de la vida familiar. Para este fin, más que la organización de un gran número de encuentros, puede servir un estilo pastoral caracterizado por relaciones humanas profundas y cultivadas, sin las prisas que derivan poco del tiempo disponible por las muchas cosas que siempre tenemos que hacer.

Al primer ámbito pertenecen los gestos que hacen de la parroquia una comunidad creyente (el anuncio, la celebración sacramental, la relación fraterna, los itinerarios de fe...). Al segundo ámbito pertenece el amplio panorama de las atenciones y de las iniciativas con que la parroquia sirve a la vida de las personas, sobre todo de los más pobres (cáritas, promoción laboral, enseñanza, sanidad, voluntarios...).

Se trata de que la vida parroquial a través de su estilo comunitario ofrezca el máximo de hospitalidad, pidiendo al mismo tiempo una cordial convergencia de los caminos que generan la experiencia de Dios. Cuando el acento se ponga sobre la urgente tarea de la evangelización, todos seremos más sensibles a la unidad de la Misión.

Misión que parte siempre de la conversión y conduce al luminoso testimonio que el Señor nos pide: sed uno para que el mundo crea.



I

INTRODUCCIÓN

Hablar hoy de la parroquia es difícil: un tema excesivamente comprometido. Se trata, sin duda, de una realidad en vertiginoso cambio, que desde muchos ángulos parece que pueda ser puesta en duda y que, de alguna manera, convierte todos nuestros discursos en provisionales.

Sin embargo, somos muchos los que estamos convencidos de que la estructura parroquial debe ser apoyada; que debe ser acompañada en sus procesos de renovación: cambios que necesita asumir y que todos, más o menos, intuimos; y que debe hacerse un gran esfuerzo para mostrar pistas, al menos líneas maestras, que posibiliten su futuro evangelizador.

Este convencimiento guiará estas reflexiones. Parto, pues, de una certeza: ***el futuro de la Iglesia tiene necesidad de la Parroquia porque la Iglesia necesita un lugar donde se genere la fe en medio de la vida cotidiana de las personas.***

La exhortación apostólica *Christifideles laici* presenta la parroquia precisamente así. En el contexto de la «*Iglesia comunión*» (cap. II): después de haber afirmado que «*la comunión es el misterio mismo de la Iglesia*» (n. 18-19), se afirma que la Iglesia queda «*caracterizada por la presencia simultánea de la diversidad y de la complementariedad de vocaciones y condiciones de vida, de ministerios, de carismas y de responsabilidades*» y, en este marco, emerge la referencia a la parroquia:

«La comunión eclesial, aunque siempre tiene lugar en una dimensión universal, encuentra su expresión más inmediata y visible en la parroquia: esta es la última localización de la

Iglesia; en cierto sentido, es la Iglesia misma que habita en medio de las casas de sus hijos y sus hijas» (n. 26)

Esta certeza no es una concesión a un concepto romántico de un pasado que ya no existe, no es el intento nostálgico de afirmar la imagen de una Iglesia que parece encontrarse en su ocaso, sino que es la afirmación convencida de una **figura de Iglesia que ve en su carácter popular y difundido entre la gente un bien precioso para la vitalidad del anuncio y la transmisión del Evangelio,**

Encontramos su confirmación en algunos documentos recientes del magisterio. Pienso, por ejemplo, en la *Ecclesia in Europa*. Mientras se pide una constante renovación de la parroquia, se le reconoce una «*misión indispensable y de gran actualidad en el ámbito pastoral y eclesial*» en los países europeos porque «*continúa conservando la capacidad de ofrecer a los fieles el espacio para un ejercicio real de la vida cristiana, y también un lugar de auténtica humanización y socialización, tanto en un contexto de dispersión y anonimato, propio de las grandes ciudades modernas, como en zonas rurales con poca población*» (n. 15, 2)

Y la *Pastores gregis* recuerda con fuerza a cada obispo que es el «*primer responsable de esta comunidad, eminente entre todas las existentes en una diócesis; y que, por tanto, debe reservar todo su cuidado hacia ella. De hecho, la parroquia es todavía núcleo fundamental en la vida cotidiana de la diócesis*» (n. 45, 2).

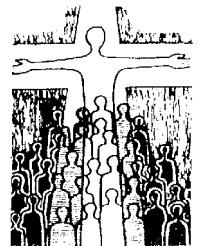
Estas afirmaciones nos invitan a tener muy presentes a todos aquellos que trabajan con generosidad en favor de la vitalidad de la parroquia: sacerdotes, diáconos, personas consagradas, laicos. Debemos expresar nuestro agradecimiento a todos, el cual puede muy bien resumirse con palabras de Juan Pablo II: «*no perdáis el ánimo ni os dejéis vencer por el cansancio. En plena comunión con nosotros, los obispos, en alegre fraternidad con los presbíteros, en cordial corresponsabilidad con los consagrados y con todos los fieles laicos, continuad vuestra obra preciosa e insustituible*» (Eccl. in Europa, 36).

Ante todo, se trata de ayudar a la familia a transmitir los fundamentos de la existencia: la confianza básica en la vida; la capacidad de hacer las pequeñas y las grandes opciones de la existencia; el sentido de una relación humana profunda; la intuición de que la vida tan sólo puede ser entendida como un bien que compartir y entregar por los demás. Si hoy la familia representa el ámbito afectivo en que se está bien y el lugar que ofrece confianza para embarcarse en el camino de la verdadera vida humana, la parroquia no podrá dejar de favorecer a la familia de todas las formas posibles, reconociéndola, también por la gracia del sacramento del matrimonio, como el tejido básico de la vida parroquial. Una atención imaginativa y perseverante en favor de la familia será un rasgo muy significativo del rostro misionero de la parroquia.

3. Convertir la parroquia en casa y escuela de comunión.

Añado, por último, que el carácter generador de la parroquia se expresa en el estilo de trabajo pastoral común, donde todos los miembros asumen un estilo de corresponsabilidad, cada uno con su propio don y ministerio. No existe misión eficaz si no desde la comunión y con la conciencia de misión común.

Esta comunión debe hacerse patente en una pastoral común, en una pastoral integrada, es decir, en una pastoral que genera gestos visibles y vitales de convergencia en los recorridos construidos entre todos, confirmando la unidad en la diversidad de carismas y ministerios.



Trataremos este tema más detenidamente en la próxima reflexión, pero señalemos aquí dos de las dimensiones fundamentales de esta urgencia. La Parroquia debe vitalizar sus dos momentos significativos esenciales: el interior, «doméstico», que vive los gestos constitutivos de la comunidad parroquial; el exterior, «misionero», que imagina todas las intervenciones que puedan servir para mantener viva la profecía evangélica.

El cuidado esmerado de los procesos catequéticos y, sobre todo, de los catequistas (elección, formación, coherencia de vida...) serán los signos claros de respuesta a esta urgencia.



Por otra parte, deberá prestarse mucha atención a los contenidos que se transmiten (calidad kerigmática del anuncio) y a la necesidad de que dichos contenidos que transmiten la experiencia cristiana posibiliten una verdadera vida de fe en lo cotidiano (abrir caminos de vida).

Se trata, pues, no sólo de informar, sino de acompañar con mimo para provocar que sea posible un verdadero encuentro personal con Jesús de Nazaret, el Cristo y la explicitación de la fidelidad en la vida real..

En definitiva, transmisión fiel, oración, participación en la liturgia y obediencia al mandamiento de la caridad a través de experiencias concretas de proximidad a los más necesitados deben formar parte del proceso de iniciación y deberán impulsar a la comunidad parroquial a repensar continuamente su quehacer catequético.

Y no olvidar que la condición cultural actual pone de manifiesto que la familia experimenta grandes dificultades para mostrar a los hijos caminos de verdadera humanidad. No pocas veces parece que la familia no sabe ser el **sujeto primario de la educación en la vida y en la fe**. Por falta de previsión, esta situación podría tentar a la parroquia a prescindir de la familia. Pero no debe ser así; no debe serlo en ningún caso. Ni siquiera cuando la familia se encontrase en una gran crisis. Al contrario, este dato real recomienda, más aún, una cercanía cordial a las familias. De esta manera podrán ser ayudadas a tomar conciencia de que la paternidad y maternidad consisten en ofrecer, también, una esperanza para vivir y una vocación que acoger. La comunidad parroquial debe redescubrir la pastoral familiar, fomentar unas relaciones mas asiduas, estrechas y constructivas con las parejas que se preparan para el matrimonio y con la vida familiar.

II

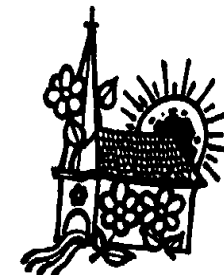
PROCLAMAR LA FE EN UN LUGAR Y EN UN TIEMPO CONCRETO

Vamos a intentar mostrar, en este segundo punto, una de las características más significativa de la parroquia y que mantenida con fidelidad abre grandes posibilidades de futuro misionero.

La Parroquia está llamada a expresar la fe en una relación activa y constante con la sociedad en lugares y tiempos concretos.

Para captar los rasgos más destacados del rostro actual de una parroquia es necesario observar su realidad cotidiana, tal como la ven, se la imaginan e intentan realizarla los que habitan en ella todos los días, es decir, además del equipo misionero que está llamado a vivificar su fisonomía, los fieles que, a través de ella, se acercan a la experiencia cristiana.

Dicha mirada podría parecer a primera vista demasiado lejana del objeto de nuestra reflexión; sin embargo, puede ser un paso útil para captar el misterio profundo, la parte del rostro original de la Iglesia que conserva la Parroquia. Me refiero al camino que de manera completamente natural recorren los cristianos que, a través de los miles de parroquias esparcidas por el mundo, entran en contacto real con la Iglesia y, por su media-



ción, con Jesucristo, con su Palabra y con el don de la salvación.

1. El rostro de la Iglesia en un lugar concreto.

Ante esa mirada, la parroquia se nos presenta inmediatamente como el «instrumento» que permite el arraigo de la Iglesia en un lugar concreto. La Iglesia, a través de ella, logra estar presente en territorios y espacios muy diferentes; y, al mismo tiempo, la sociedad, con todas sus diversidades, con todas sus riquezas y tensiones, logra entrar en contacto con la Iglesia.

La Iglesia se hace, así, presente en la vida cotidiana de las gentes. Esta capacidad simbólica de la parroquia ha sido reconocida en el pasado y continúa siéndole reconocida actualmente, aunque con signos evidente de crisis, ligados a los fuertes cambios sociales experimentados en la cultura de hoy.

Son precisamente estos cambios los que exigen a la Iglesia un ejercicio de profunda capacidad de escucha y diálogo y el espacio donde dicha escucha y diálogo puede mantenerse, por su accesibilidad, es la comunidad parroquial. Es decir, ya no es la institución eclesial la que dibuja los contornos a través de sus parroquias; al contrario, es la parroquia, verdadera comunidad de fe, la que debe desarrollar capacidades de interpretación de todos esos nuevos fenómenos sociales, para continuar haciendo presente en el espacio y en la cotidianidad la memoria cristiana (análisis creyente de la realidad)



Esta primera llamada de atención exige gran sensibilidad por parte de los equipos misioneros que dinamizan la vida parroquial y, sobre todo, subraya la gran tarea que los laicos están llamados a desarrollar **no sólo en la parroquia, sino, a partir de la parroquia en todos los frentes sociales y en cada una de las dificultades y esperanzas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.** Es evi-

primiendo todo aquello que sobrecarga la genuina belleza del itinerario de fe que la lectura del evangelio a lo largo del año diseña para la conciencia del creyente y para el camino de la comunidad.

En definitiva, debemos recuperar, no sólo aprovechar, el «día del Señor» como fuente de vida de la comunidad cristiana.

2. El camino de la iniciación cristiana.

Conviene tomar conciencia clara del carácter estratégico de la iniciación cristiana en general (edades donde se está «moldeando» la estructura personal), y la de los niños en particular, de cara al futuro de la vida de la Iglesia.

La iniciación es el momento en el que la Iglesia posibilita con su pedagogía y testimonio el seguimiento de Jesús y, al mismo tiempo, se regenera a sí misma (obligada a buscar caminos de convocatoria y presencia eficaz).

La iniciación cristiana exige, pues, a la comunidad parroquial una continua revisión y renovación. Los sacramentos de iniciación cristiana no son un gesto más entre los distintos gestos de la comunidad, una más entre otras posibles iniciativas, sino que son el momento «generador» de la Iglesia, podría decirse su rostro más misionero ante las futuras generaciones.



Es preciso tener una conciencia viva de que en el modo de realizar la iniciación cristiana está en juego el acceso de las generaciones futuras no sólo a la vida sacramental, sino, a través de ella, a la fe en Jesús de Nazaret y a la fidelidad a su causa.

Generar seguidores de Jesús es simultáneamente don del Espíritu y capacidad pedagógica de la comunidad parroquial para con los recién nacidos, los niños, los adolescentes, los jóvenes y para aquellos que, como decíamos antes, quieren volver de nuevo a la fe.

«Al unirse a Cristo, el pueblo de la nueva alianza, lejos de cerrarse en sí mismo, se convierte en sacramento para la humanidad, signo e instrumento de la salvación de Cristo, luz del mundo y sal de la tierra» (Eccl. De eucaristía, n. 22).

El «día del Señor», que tiene en su centro la Eucaristía, ha de ser reconocido como momento constitutivo de la vida parroquial, «motor» de su misión.



La celebración Eucarística no nos pertenece, sino que nosotros pertenecemos al cuerpo del Señor para ser esperanza de vida y resurrección para todos los hombres. Precisamente porque la eucaristía dominical es el «documento de identidad» de la parroquia, indica su destino misionero. Ninguna expresión misionera es posible en la parroquia si no hunde su actividad en la doble mesa de la Palabra proclamada y del pan compartido.

Es evidente que de aquí se deriva un compromiso explícito para nuestras comunidades parroquiales y la formación que tiene que ofrecer: La celebración dominical cristiana debe conducir a hacer crecer a los fieles en la escucha de la Palabra y la comunión con el Cuerpo de Cristo; y debe ser el lugar verdaderamente significativo para la educación misionera de la comunidad cristiana.

Debemos, por eso, revisar la calidad de nuestras celebraciones y sus condiciones prácticas. Hay que considerar oportunamente la cantidad de las celebraciones; hace falta recuperar en la celebración sus tiempos y ritmos; es necesario salvaguardar los momentos reservados a la escucha, a la oración, al canto, al silencio... cuidar al máximo el clima general de la celebración.

Por otra parte, es necesario un anuncio de la palabra de Jesús como experiencia de Evangelio vivo. La homilía y la oración deben ser un verdadero alimento para la fidelidad en la vida cotidiana, su-

dente que la referencia al territorio parroquial supera, desde esta perspectiva, todo límite topográfico.

2. El rostro de una Iglesia que acoge y acompaña.

La Parroquia debe a su naturaleza específica esta característica de la visibilidad, la difusión y la aceptación de la Iglesia en la sociedad. Las personas continúan considerándola la figura más conocida de la Iglesia por su carácter cercano y acogedor. A través de sus redes de solidaridad, en muchos lugares la parroquia ha sido un factor fundamental para la constitución del mismo tejido social local. En este sentido, hay que reconocer con gratitud la inmensa contribución que la parroquia continúa ofreciendo, al expresar del mil maneras «el evangelio de la caridad». Así debe seguir ocurriendo: ante las heridas, a veces, profundas, generadas en la sociedad (inmigración, desplazamiento de poblaciones, cambio cultural, transmutación de las formas del mundo laboral), **la parroquia debe convertirse en la avanzadilla capaz de crear nuevos equilibrios, de sacar a la superficie resortes que permitan nuevos modos de habitar humanamente el futuro.**

Su contribución toma, ahora, la forma del testimonio cotidiano en relación con las mil urgencias que se presentan, o de reclamo, estímulo o denuncia profética para que las instituciones públicas se hagan seriamente cargo de sus responsabilidades en favor de los más débiles y los más pobres.

Esta gran capacidad de tejer tupidas redes de solidaridad se expresa, debe de expresarse, en términos de acogida. No se trata de permisividad o de simple «dejar hacer». Se trata más bien de ofrecer a todos (al mayor número posible) la posibilidad de emprender caminos de redención y de salvación; de hacer visible una Iglesia que acoge a todos, incluso en las situaciones más desesperadas, y acompaña a todos, con confianza y con paciencia, hacia el único y mismo Salvador, para acoger su gracia (donación, gratuidad) y vivir su seguimiento (generosidad engendrada por la gratuidad).

No son sólo teorías pastorales de «moda». O quizás sí. No importa. Lo cierto es que el Derecho Canónico, libre de sospecha de estar a la moda, en el c. 529, & 1, que después será recogido por el nº 22 en la Instrucción de la Congregación para el Clero, dice respecto al párroco:

«Como hombre de Dios, ejerce de **manera integral** su propio ministerio, **buscando** a los fieles, **visitando** a las familias, **participando** en sus necesidades y alegrías; **corrige** con prudencia; **cuida** de los ancianos, de los débiles, de los abandonados, de los enfermos y se prodiga con los moribundos; **dedica particular atención** a los pobres y a los afligidos; **se compromete** en la conversión de los pecadores, de cuantos están en el error, y **ayuda** a cumplir a cada uno su deber, **fomentando el crecimiento** de la vida cristiana en las familias»

Todo menos esas tareas que irónicamente han sido llamadas de «despacho y sacristía».

3. El rostro de una Iglesia sencilla y humilde.



Alguien podría pensar que, por lo dicho anteriormente, la parroquia es definida más por lo que no es que por lo que es, es decir, más por su capacidad asociativa que por la imagen eclesial que es capaz de proponer.

Y, ciertamente, tal impresión contiene una justa llamada a la vigilancia evangélica. No obstante, y de manera paradójica, ofrece una gran riqueza para el futuro de la Evangelización: porque esa especie de debilidad para presentar un «imagen eclesial fuerte» por fidelidad a la hospitalidad evangélica ha sido siempre, es y será el verdadero camino de la misión. La Parroquia es misionera cuando consigue presentarse como una «institución» cercana a todos, capaz de valorar cualquier ocasión de contacto como posible punto de partida para un camino real de seguimiento fiel de Jesús.

IV

ENGENDRAR CRISTIANOS

Desde su dimensión generativa, engendrar hombres y mujeres para la fe, la Iglesia propone tres rasgos para que una Parroquia sea misionera: que se deje edificar por la eucaristía, sobre todo en el día del Señor; que engendre seguidores de Jesús a través de la iniciación cristiana; y que la comunidad parroquial mantenga su vigor misionero, es decir, su capacidad de proclamar el Evangelio mostrando al mundo con su estilo de vida comunitario que es posible vivir en esta sociedad, sin falsas evasiones, las exigencias del seguimiento fiel de Jesús.

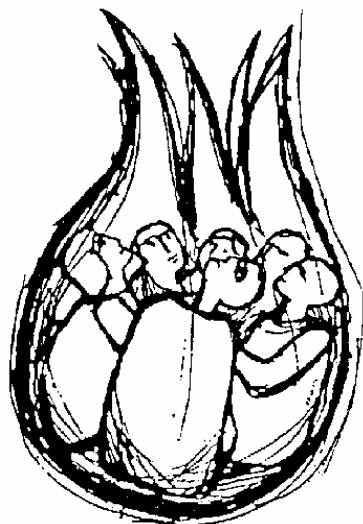
1. La Eucaristía, clave del proceso del crecimiento en la fe.

No es posible edificar una comunidad cristiana si no se tiene como raíz y centro la celebración de la eucaristía. En el número 26 de la *Christifideles laici* se afirma que:

«Toda parroquia está fundada sobre una realidad teológica, porque es una comunidad eucarística. Esto significa que debe constituirse en comunidad idónea para celebrar la eucaristía, en la cual está la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su ser en plena comunión con toda la Iglesia».

Toda pastoral parroquial debe asumir la misión de revelar el sentido del misterio que celebramos en la Eucaristía: «Cuerpo entregado y Sangre derramada» para toda la humanidad (no sólo para los que asisten a ella). Son palabras de Juan Pablo II:

para quien desea comenzar de nuevo a poner los fundamentos de su fe y aprender el lenguaje y la práctica adulta de la fe. Y hay que preguntarse qué figuras ministeriales, incluso nuevas, son precisas para que la parroquia sepa responder a estas nuevas interpelaciones.



La capacidad de ser una «institución» humilde y sencilla y de presentar los elementos esenciales de la fe cristiana puede convertirla en una puerta providencial de entrada en la experiencia de la fe cristiana, también para aquellos que se sienten excluidos e incapaces para aceptar «algunas enseñanzas eclesiales».

La Parroquia, pues, debe hacer de lo cotidiano el terreno de encuentro y de anuncio de la memoria cristiana, el lugar en el que se pueden imaginar nuevas formas de acceso a la fe cristiana. Nunca debemos olvidar esta peculiaridad de la Parroquia.

4. El rostro de una Iglesia popular.

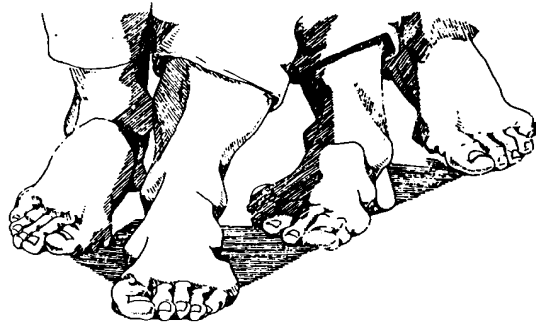
Es necesario pensar detenidamente esta última observación. Las miles de parroquias diseminadas por nuestros territorios configuran el rostro de la Iglesia para los hombres y mujeres de hoy.



Frente a quien rechaza semejante rostro o denuncia sus límites y la poca capacidad de testimoniar la fe, y, todavía más, frente a los que pronostican su fin, todos deben ser escuchados, es necesario presentar con proyectos eficaces las grandes posibilidades de un Parroquia auténticamente misionera.

A pesar de las previsiones negativas, la Parroquia ha sido el punto de enganche que ha permitido a muchos vivir experiencias y recorrer caminos estructurados que han posibilitado sentido a la vida y maduración en la fe. Ha supuesto una puerta de entrada y un lugar de acogida; con sencillez y en lo cotidiano, ha propiciado diálogos, momentos de encuentro y de discusión sobre el hombre, la sociedad, la experiencia religiosa. Y, creemos, que la Parroquia debe seguir siendo nuestra avanzadilla misionera, un tesoro precioso para integrar la pluralidad actual de formas de vida, también de formas de fe.

La Parroquia permite que cada espacio, que cada lugar tenga la posibilidad de acceder a la experiencia cristiana, de acercarse a ella. Si miramos al futuro esta imagen tiene que ocupar nuestro centro de atención: el catolicismo popular de otro tiempo está transformándose. Se nos pide una actitud activa y vigilante para que no se vea sustituido por formas de folclore o de simple religión civil, sino que permanezca como una puerta de acceso a la experiencia cristiana. Y cumplirá con esta exigencia mostrando a Jesús de Nazaret a través de sus acciones, sus personas y sus grupos; ofreciendo puntos de contacto y lugares de encuentro; escuchando y transformando las inquietudes que la mayoría plantea todavía hoy al llamar a las puertas de la Iglesia.



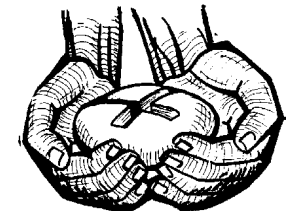
Es el famoso tema de los alejados.

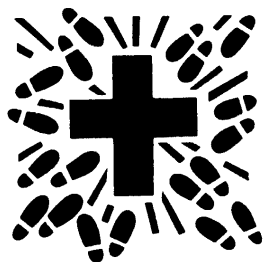


Para responder a esta urgencia, la acción pastoral de la parroquia debe proponerse con formas nuevas. Por una parte, será necesario tener en cuenta estas situaciones diferentes en el itinerario que conduce a la adquisición de una fe adulta; por otra parte, habrá que concebir iniciativas que sean capaces de proponer el Evangelio según las diversas condiciones. Hoy la Evangelización es consciente de que nada puede darse por su puesto, sino que debe llegar a las personas teniendo en cuenta, con sumo respeto y delicadeza, a su condición humana y espiritual.

Es imprescindible que la parroquia misionera responda a esta gran exigencia. El alejado, cuya fe ha quedado en el estadio de la primera formación cristiana, en una especie de fe suspendida, aplazada y con la impresión de que no tiene nada que ver con la vida real, conserva el lenguaje y el imaginario cristiano, en un estadio infantil, y, por eso, su redescubrimiento sólo será posible allí donde existan espacios adultos de iniciación a la fe.

¿Cuáles son los espacios ofrecidos por la parroquia para una escucha atenta, para una experiencia auténtica, para un contacto real, para una cercanía que les ayude a hacer crecer el deseo de «volver a empezar»? ¿Qué imagen de Iglesia ofrecen nuestras parroquias? En alguna ocasión los vemos aparecer en el horizonte con una inquietud discreta, una aparición fugaz, una presencia intermitente. Sondean si existe un camino que sintonice con el anhelo que experimentan y que aún no tienen del todo claro. Es necesario que la Parroquia sea capaz de ponerse en su lugar para comprobar si las propuestas de acompañamiento pastorales existentes y el rostro concreto de la vida parroquial no producen la impresión de un lugar impenetrable, de un espacio inaccesible, de un clima poco oxigenado





La Parroquia está llamada a conjugar la tensión entre Palabra, celebración sacramental, opción personal y vida cotidiana. Sólo, así, la vida humana se acogerá en la luz abierta por la Palabra; se dejará regenerar por la vida sacramental y engendrará vida para que otros, no sólo la Parroquia, tengan vida.

Quando se consiga esto, tanto la necesidad religiosa como el deseo de sanación, serenidad y solidaridad evolucionarán hacia la verdad y la plenitud de la vida cristiana en el seno de la fraternidad querida por Jesús, cuyo símbolo tiene que ser la comunidad parroquial.

2. Las nuevas responsabilidades de la parroquia misionera.

En su acción pastoral y en su acompañamiento personal, la Parroquia se encuentra con personas muy diferentes desde el punto de vista de la fe. De hecho se va haciendo cada vez más urgente configurar una acción misionera que asuma la responsabilidad de atender a hermanos bautizados que tienen solamente relaciones esporádicas con la comunidad eclesial o que han abandonado su pertenencia a la misma.

«Con frecuencia se trata de personas que llevan en sí heridas producidas por las circunstancias de la vida familiar, social y, en algún caso, por nuestras mismas comunidades, o más sencillamente son cristianos abandonados, hacia los cuales no hemos sido capaces de mostrar acogida, interés, simpatía, coparticipación».

Es también la llamada de aquellos cristianos que proceden de la inmigración y que deben resituar sus vidas.

III

AL SERVICIO DE LA FE

Intentaremos, ahora, dibujar el rostro misionero de la Parroquia. Para ello desarrollaré dos reflexiones: la tarea fundamental de la Parroquia y las nuevas responsabilidades que se le exigen a la Parroquia en la situación actual.

1. La tarea fundamental: enseñar a Jesús para que todos puedan ver.

La tarea fundamental de la Parroquia es ser el lugar que favorece el encuentro entre la fe cristiana y las condiciones de vida de cada día. Precisamente este servicio prestado a la fe es lo que debe calificar todo su trabajo pastoral.

La vocación cristiana no comporta, no puede comportar, el abandono de las responsabilidades de la vida humana (la familia, la profesión, el trabajo, el compromiso sociopolítico), sino que, por el contrario, requiere que fidelidad evangélica se lleve a cabo en esas responsabilidades. Justamente el servicio a la fe de los adultos es el que debe ayudar a realizar opciones evangélicas en relación con las situaciones de la vida, a las responsabilidades que, hablando humanamente, parecen las más relevantes y que resultan muy significativas para manifestar la verdadera eficacia de la vida de fe.

Pero estas opciones no nacen «milagrosamente»: se preparan pedagógicamente a través de los años de la llamada «catequesis de iniciación»: bautismo, eucaristía, confirmación.

Por ello, cada parroquia debe evaluarse constantemente sobre este servicio esencial, la iniciación cristiana, que debe desarrollar:

preguntarse si se cumple; si se buscan los caminos más idóneos; si se vigila sobre los peligros que corre la fe; si se tiene respeto y delicadeza con los pobres y sencillos.

El rostro misionero de la Parroquia se manifiesta allí donde se ofrece a todos la posibilidad de crecer en la fe, de hacer viable una auténtica vivencia espiritual en las condiciones normales de la existencia. Hoy sobre todo parece urgente que la Parroquia asuma con radicalidad esta exigencia. En forma de pregunta:

«¿Es capaz la parroquia de acoger y realizar el gran cambio que lleva el nombre de conversión misionera de nuestra pastoral, o por el contrario está destinada a permanecer sustancialmente como hasta ahora, quedando prisionera de dos tendencias, que contrastan parcialmente entre ellas pero ambas poco abiertas a la misión: la de concebirse como una comunidad más bien centrada en sí misma, en la cual se busca la satisfacción en el hecho de hallarse a gusto juntos, y la de un 'centro de servicios' para la administración de sacramentos, dando por supuesto una fe muchas veces inexistente en aquellos que los solicitan?» (Cardenal Ruini).

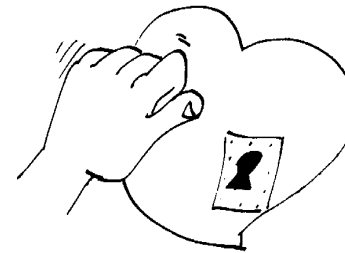
Esta encrucijada en la que vive la Parroquia está hoy agravada por las complejas condiciones de la existencia posmoderna. En los varios contextos de la vida (familia, escuela, trabajo, diversión, amistades, voluntariados...) la personas invocan sanación, serenidad y solidaridad. Parecen pedir a la fe caminos de salvación que curen y acompañen las situaciones personales.

¿Qué puede significar el «servicio a la fe» en esta situación?

Ciertamente no consistirá, es evidente, en reducir la actividad parroquial a responder a peticiones de sacramentalidad vacía, ni tampoco a organizar, sin más, «grupos de sanación». Pero sí deben ser asumidas y elaboradas desde ellas nuevas itinerarios de crecimiento

en la fe, sobre todo para los adultos y las familias.

Es decir, ante las solicitudes de sacramentos, se trata de acoger, purificar y dirigir con paciencia tales demandas al ámbito de la fe personal y eclesial. Se trata de apasionarse por el «acercar la fe» a las personas y hacer que el sentimiento religioso y la necesidad de cercanía tomen la forma de la correcta relación con el Señor Jesús y la comunión fraterna.



Un aspecto que proporciona una idea clara de la calidad del «acercamiento a la fe» dentro de la comunión eclesial es la **dimensión vocacional de la vida cristiana**. No debemos cerrar los ojos: su deterioro supone un toque de atención y un reto para la Parroquia de hoy, no sólo en relación con las vocaciones de especial consagración, sino también en lo que se refiere

a las otras formas de vida cristiana (matrimonio, testimonio profesional, dedicación estable al voluntariado, compromiso sociopolítico). Más aún, partiendo de la vocación bautismal, es precisamente aquí donde hay que reconocer un reto misionero fundamental: evangelizar la vida de cada persona para que su existencia, en sus opciones más relevantes, sea conformada por la fe cristiana.

La perspectiva vocacional indica un itinerario de fe que encamina a la madurez. Se trata de pasar de la necesidad de lo sagrado a la fe que adquiere el rostro del testimonio dentro de las condiciones de la vida cotidiana.

El rasgo que define el servicio a la fe en nuestras parroquias consiste en dar prioridad a la evangelización. La fe cristiana pretende que Palabra y Sacramento, como formas de transmisión de la revelación en el tiempo, que hacen surgir la Iglesia como signo visible del Evangelio, sea una oferta de Vida para la vida de la gente, para la vida cotidiana, para la vida del mundo.